

Experiencias y vínculos cooperativos en el sostenimiento de la vida en América Latina y el sur de Europa

**Cristina Vega,
Raquel Martínez-Buján
y Myriam Paredes (eds.)**

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

© 2018, de los textos, sus autoras.
© 2018, de la edición, Traficantes de Sueños.



**creative
commons**

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial 4.0 España

Usted es libre de:

*Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

*Adaptar — remezclar, transformar y crear a partir del material

El licenciadore no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

*Reconocimiento — Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciadore o lo recibe por el uso que hace.

*NoComercial — No puede utilizar el material para una finalidad comercial.

No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

No tiene que cumplir con la licencia para aquellos elementos del material en el dominio público o cuando su utilización esté permitida por la aplicación de una excepción o un límite.

No se dan garantías. La licencia puede no ofrecer todos los permisos necesarios para la utilización prevista. Por ejemplo, otros derechos como los de publicidad, privacidad, o los derechos morales pueden limitar el uso del material.

Título: Experiencias y vínculos cooperativos en el sostenimiento de la vida en América Latina y el sur de Europa

Editoras del libro:

Cristina Vega, Raquel Martínez-Buján y Myriam Paredes

Traductoras:

Marta Malo de Molina, capítulo 5, y Mariajo Castro Lage (Syntagmas), capítulo 11.

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños.

taller@traficantes.net

Edición:

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba 13

28012 Madrid. Tlf: 915320928

e-mail:editorial@traficantes.net

ISBN 13: 978-84-949147-2-0

Índice

Prefacio. <i>Raquel Gutiérrez Aguilar</i>	9
Introducción. <i>Cristina Vega, Raquel Martínez-Buján y Myriam Paredes</i>	15
I. Extracciones, apropiaciones y sostenimiento de la vida	51
1. Economía Plebeya. Familias, hogares y comunidad en Europa del Sur. <i>Montserrat Carbonell Esteller</i>	53
2. El agua, el cuidado y lo comunitario en la Amazonía boliviana y ecuatoriana. <i>Elizabeth López Canelas y Cristina Cielo</i>	75
3. Neo-comunidad: circuitos clandestinos, explotación y resistencias. <i>Verónica Gago</i>	97
4. La familia de la Tía Gloria: crianza y poder punitivo estatal en Ecuador. <i>Andrea Aguirre</i>	115
5. Sanación, cuidado y memoria afrodescendiente en el Pacífico colombiano. Las mujeres frente el conflicto armado. <i>Olga Araujo / Gloria Bermúdez y Cristina Vega</i>	133
II. Interrogar lo público común	145
6. Futuro anterior de la ciudad social. Reflexiones desde la experiencia de atención sanitaria territorial en Trieste. <i>Franco Rotelli y Giovanna Gallio / Entrar Afuera</i>	147
7. La acción comunitaria y los cuidados a domicilio. <i>Sara Moreno-Colom</i>	169
8. Tejer cuidados a micro y macro escala entre lo público y lo común. <i>Susana Draper</i>	189
9. Bancos de tiempo, sostenibilidad de la vida y nuevos comunes. <i>Lucía del Moral</i>	209
III. Hacer común la comunidad	233
10. Travesías del cuidado de la niñez indígena en Ecuador. <i>Mercedes Prieto y María Isabel Miranda</i>	235
11. «Problemas de la cabeza» en una comunidad en el sur de Brasil. <i>Claudia Fonseca y Helena Fietz</i>	257
12. Ayuda mutua y Estado de Bienestar. Reflexiones a partir de la experiencia del «Grupo de apoyo Daniel Wagman». <i>Silvina Monteros</i>	277
13. Mujeres migrantes en el cuidado comunitario. Organización, jerarquías y disputas al sur de Buenos Aires. <i>Carolina Rosas</i>	301
14. Aquelarres de resistencia. Una conversa que busca una confluencia <i>Ana Moreira y Mercedes Rodríguez (Brujas Migrantes) / Marta Malo</i>	325
Sobre las autoras	337

3. Neo-comunidad: circuitos clandestinos, explotación y resistencia en Buenos Aires

*Verónica Gago (Universidad de Buenos Aires
y Universidad de San Martín)*

Lo comunitario ha pasado en los últimos años a ser una palabra de atractivo político porque expresa una fuerza actual. Sin duda, en América Latina se debe a que lo han puesto en acto y dotado de fuerza práctica y discursiva una serie de experiencias ligadas a movimientos sociales, organizaciones de base, colectivos de mujeres y, sobre todo, resistencias indígenas. Pero esa fuerza tuvo que ver con que lo comunitario funcionó en relación a una serie de traducciones, apropiaciones y mutaciones que lo desplazaron de ser sinónimo estricto de indigenismo. Y esto por dos razones: porque no hay un movimiento indígena que sea inmutable a los siglos (Thomson, 2007) y porque no hace falta plantear una inmovilización y esencialización de la resistencia para aprehender horizontes de temporalidad larga y densa. Pero también por un efecto tal vez más subterráneo y potente: por un feminismo práctico que valoriza y publicita las dinámicas reproductivas como condición primordial de las luchas y que desde hace tiempo corroe desde dentro las definiciones estrictas de lo comunitario para llevarlo a su reinención y muchas veces a su relanzamiento y desborde. La mayoría de los levantamientos, insurrecciones y peleas de la última larga década en nuestro continente han tenido en la organización comunitaria un componente de autogestión capaz de lidiar con la crisis que ha sido el signo distintivo en la capacidad colectiva de impugnar la legitimidad política del neoliberalismo.

Entonces, lo comunitario puede pensarse menos como un «descubrimiento» (de quienes encuentran ahora ahí la clave de la política frente al fracaso de otras políticas) y más como una teoría del cambio: un modo «no-originario» podrían decir tanto Silvia Rivera Cusicanqui como Gayatri Spivak, donde lo comunitario aparece nombrando

y provocando desplazamientos. Estos desplazamientos exhiben la disputa abierta sobre la reducción-proyección de lo comunitario a un conjunto de estereotipos. Estereotipos que confinan lo comunitario a un modo ideal de socialización de tipo arcaico, en general asociado a territorios estrictamente no urbanos y a un catálogo de «usos y costumbres» ancestrales. El modo en que estas prácticas se convierten en estereotipos tiene que ver con las maneras en que se anula el carácter beligerante que tienen como virtualidad —es decir, como potencia— y que hemos visto hacerse fuerza concreta en los momentos de crisis, justamente como momentos privilegiados de actualización comunitaria.

¿Qué sucede más allá de los momentos de crisis con los dispositivos comunitarios? En este texto proponemos pensar esos desplazamientos en una serie de espacios y temporalidades construidos por la migración boliviana en Argentina, la cual impulsa —entre otras cosas— una expansiva economía textil que empieza en pequeños talleres y llega a marcas transnacionales pasando por enormes ferias populares. Lo comunitario se enreda, se embarra, se ensambla, con formas transnacionales del trabajo, produciendo un tipo de inflexión de lo comunitario mismo. Nos proponemos, así, vincular estas situaciones concretas con un debate más amplio que en América Latina funciona alrededor de cómo volver lo comunitario una dinámica operativa —es decir, no una retórica romántica ni redentora—. Insistimos: nos parece relevante constelar la noción de lo comunitario como teoría del cambio, donde la cuestión reproductiva de los cuidados toma un papel político clave en tanto se evidencia como recurso a la vez de los momentos de crisis y resistencia abierta pero también como engranaje de unas flexibles formas productivas que lo ponen en juego, evidenciando ser un campo en disputa.

Cuidados como infraestructura

Recientemente se ha calculado que existen más de quince mil talleres textiles repartidos entre la ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense. En ellos se produce para las grandes marcas, pero también para los circuitos de venta textil informal y son el engranaje oculto de la reconversión e impulso del sector en la última década en Argentina. Desarmada tras la importación masiva que facilitó la convertibilidad, la industria se relanza después de la crisis sobre nuevas bases, cuyo eje es la tercerización de la confección (corte y costura) en los llamados talleres clandestinos. Cifras de la patronal industrial no dejan de resaltar

que el 78 % de la ropa que se produce en el país se hace a través de circuitos «ilegales». Esto supone la tercerización de la producción de las prendas en los talleres llamados «clandestinos», a los cuales les es entregada la tela (cortada o no) para su confección a través de un intermediario. En el último año, sin embargo, el impacto de apertura de importaciones pone nuevas exigencias a la mano de obra y a la competencia entre talleres (Gago, 2016).

Los talleres de costura funcionan de modo tal que quienes trabajan en este ámbito viven en el sitio donde desarrollan su actividad. Los talleres se convierten así simultáneamente en espacios privados y laborales, conocidos al mismo tiempo como espacios «clandestinos». La parte más baja de la cadena de valor de la indumentaria se hace en el mismo espacio en el que se cría a niños y niñas, se cocina y se vive.

El componente del cuidado deviene fundamental a la hora de organizar la infraestructura de la migración y la propia economía del taller textil: es el engranaje que permite que el trabajo transnacionalizado sea a la vez pujante y precario, por varias razones. Primero, porque el lugar de trabajo «resuelve» y a la vez condensa las tareas de cuidado, fusionando de modo económico-sintético en un mismo espacio la producción y la reproducción. Segundo, son mujeres las que hacen esa doble tarea: cocinar, cuidar, lavar, limpiar y también costurar. Tercero, son las relaciones de comunidad que generan esa intimidad e intensidad de conjunción de espacios y las que relanzan ese término más allá de un lugar de origen, a la vez que tensionan sus usos al interior de las relaciones laborales.

Estas características de fusión, que cualifican la singularidad de la parte sumergida de la industria textil «nacional» gracias a la fuerza de trabajo migrante, son las que justamente se interpretan como parte de la trama «ilegal», pero «no laboral», equiparando estas formas comunitarias con modos de vida asociados a la clandestinidad. La espesura de los vínculos dentro del taller textil, vínculos que movilizan toda una serie de trayectorias y de temporalidades ligadas a la migración, es reducida a atributo laboral (lo comunitario es sinónimo de trabajo sumiso) y a la vez es desconocida como cualificación laboral (lo comunitario se traduce en una serie de usos y costumbres arcaicos y extranjeros).

A su vez, el taller despliega una cadena de cuidados que se expande más allá de sus paredes a través de una red de clínicas de salud, también «clandestinas». Se trata de lugares donde l*s profesionales

de la salud pueden trabajar sin necesitar la validación de sus títulos obtenidos fuera de Argentina y donde se puede atender casos de enfermedades (como tuberculosis, muy corriente en los talleres debido a la aspiración constante de polvo). Se trata de enfermedades que exigen ser denunciadas a las autoridades si se las detecta en cualquier institución de salud pública. Aquí lo «clandestino» sumerge de nuevo determinadas condiciones laborales y al mismo tiempo funciona como estructura de cuidado accesible y barata pero que también resguarda de la «inspección» estatal a los dueños de los talleres.

Mi hipótesis es que estos cuidados comunitarios son parte de la disputa permanente por lo comunitario. Este se encuentra sometido a una serie de apropiaciones y expropiaciones por parte de las marcas transnacionales y de una serie de intermediaciones que hacen de conectores en la organización práctica — intelectual, manual, laboral, afectiva — de la producción que se sumerge en los espacios comunitarios.

Este espacio intensivo del taller textil, debido a la multiplicidad vital que aloja, es el lugar concreto donde el cuidado y el trabajo organizan una economía general. Esta involucra no solo la producción de la parte «baja» de la cadena textil, sino también la proliferación de circuitos de venta popular, una red de contactos para migrar y una infraestructura inicial para imaginar cómo prosperar. A diferencia de la noción de encierro con que se lo suele tratar — y por tanto superponer con la imagen de una «comunidad cerrada» cuasi ininteligible, excepto para sus miembros —, el taller textil tiene puntos de apertura evidentes. Por un lado, porque es una experiencia de comunidad construida por medio de trayectorias migrantes que son temporarias, dinámicas generacionalmente y cambiantes en términos de expectativas, cálculos y tacticismos. Por otro, porque el taller es vivido también como espacio — o como una plataforma de llegada e inicio — desde donde producir puntos de fuga: juntar recursos para acceder a otro empleo, financiar estudios o la adquisición de otros saberes, acumular contactos para probar suerte en otros rubros. Es en esos puntos de fuga donde se renegocian también los roles de género congelados en el taller, donde los lazos familiares o proto-familiares refuerzan un tipo de dependencia y fidelidad laboral pero también donde se reorganizan.

Los cuidados involucran, por tanto, la dimensión doméstica del taller (la reproducción cotidiana de sus trabajador*s ya que, como señalamos, es espacio de vivienda y de trabajo), pero también esta simultaneidad organiza un modo de trabajo que no se reduce solamente al

trabajo doméstico. Muchas de las trabajadoras podrían trabajar como «domésticas» o «cuidadoras» y, sin embargo, el taller es una opción que resulta más conveniente: no se tiene que dejar la propia familia para cuidar a «otr*s». Esto no excluye situaciones más extremas: trabajar dentro del taller como doméstica y como costurera, sujeta a lazos familiares que hacen de esas relaciones una condición opresiva. Pero en la medida en que el taller permite alojar familias completas o madres con hij*s, sobrín*s, e incluso abuelas, provee un tipo de «solución» a la cuestión de la vivienda y permite que ese espacio se vuelva un recurso para que las mujeres que migran no lo hagan dislocando su propia familia, a fin de volverse proveedoras en cadenas de cuidado transnacionales, sino que el sacrificio de una «temporada» en el taller sea retribuido por la posibilidad de migración de la familia.

No se trata de una justificación, sino de exponer la racionalidad que hace funcionar esta economía y, al mismo tiempo, no clausurar la comprensión de esa racionalidad migrante sobre una apuesta puramente neoliberal o sobre su caracterización puramente victimista. Especialmente, creemos, porque comprender lo comunitario como elemento que se recombina y actualiza en dinámicas laborales flexibles con aspectos que desbordan la racionalidad neoliberal permite, al menos de modo discontinuo, desarmar ese binarismo que coagula en dos estereotipos supuestamente excluyentes pero sin duda complementarios: l*s migrantes como empresari*s o l*s migrantes como esclav*s.

Lo comunitario se teje así con una multiplicidad de funciones, tareas, tiempos y apuestas y hace de «infraestructura» móvil: como un saber-hacer de ensamblajes que permiten también variar el significado mismo de lo comunitario. No solo alojado y confinado en el taller textil, sino como un recurso también para las líneas de fuga. Las mujeres son la clave de esa función tejedora: a la vez niñas, limpiadoras y costureras, pero también feriantes y, aunque pocas, algunas tratan con los intermediarios de las marcas que encargan los trabajos. Al cuidado propiamente doméstico se suma un tipo de cuidado en las tareas de costura, una vigilancia cotidiana respecto a la inserción en el barrio, y un ansia de integrar a l*s hij*s a la ciudad y a una serie de posibilidades de estudio futuras.

La doble pinza queda explicitada: el modo de construir esa red de funciones, tareas y apuestas muestra una efectividad organizativa de lo comunitario como recurso práctico y promesa de posibles y, de modo contemporáneo, se presenta como un modo de ductilidad y flexibilidad que las «marcas» explotan en la medida que dinamiza

desde dentro la infraestructura de la que el taller textil hace parte nodal. Una imagen puede servir para pensar esa multitarea de las mujeres, extensiva a varios espacios que comprometen la economía del taller: son ellas quienes organizan también los comedores comunitarios que, en muchos casos, son utilizados por los dueños de los talleres para garantizar el almuerzo de sus empleados de forma gratuita, con alimentos subvencionados por el gobierno municipal y/o nacional. En la medida en que el taller explota recursos comunitarios, son los trabajos de cuidado también entendidos como tareas de enlace entre el taller y el barrio, que organizan las mujeres, los que marcan un modo de «aterrizaje» de la economía comunitaria en los barrios.

Una economía sumergida

La forma en que proponemos pensar la operatoria versátil de lo común intenta deshacerse de una visión ingenua: nadie desconoce las formas de explotación internas a la economía popular-comunitaria. Esta economía mixtura saberes comunitarios autogestivos e intimidad con el saber-hacer en la crisis como tecnología de una autoempresarialidad de masas. Nos parece un buen punto de entrada sobre la composición de la fuerza de trabajo actual.

El taller textil, en la medida que persiste invisible para los medios de comunicación y para los vecinos en general, parece constituir una economía sin sujeto. Se trata, sin embargo, de una referencia cínica a que l*s costurer*s no hablan, no aparecen, no se «quejan», ni se «organizan» en una suerte de duplicación de la invisibilidad de la infraestructura de cuidados que hace posible al taller.

Es fundamental pensar esta dificultad como alegoría de la dificultad de toda economía sumergida, evidenciada en particular frente a lo que aparece como «falta» de formas organizativas asociadas a las herramientas sindicales. Esto se vincula a un tipo de temporalidad de trayectorias largas y dispersas, aunque siempre con lazos comunitarios que se reinventan en esos recorridos. Esta movilidad deviene una característica de un tipo de composición de clase: empeñada en prosperar, capaz de actuar formas de obediencia sin abandonar cálculos estratégicos, decidida a escapar a formas de pobreza en los países de origen.

Lo comunitario es permanentemente reinterpretado de modo servil. Tomemos las declaraciones de un juicio reciente llevado adelante en la Argentina a propósito del incendio de un taller textil con

víctimas fatales en el año 2006. Allí la defensa argentina de los dueños y talleristas a cargo del establecimiento habla de l*s trabajador*s migrantes de Bolivia argumentando que «en el contexto en el que se mueven, su mente es bastante primitiva». Propone justificar la explotación en nombre de que «en su lugar de origen viven en peores condiciones» y cree que puede tratarse de «delitos culturalmente motivados» (Gago, 2016). Este reduccionismo de lo comunitario, por un lado, queda aplanado en lo cultural y, tras hacerlo, es calificado de ajeno y extranjero. La identificación de lo comunitario con lo cultural es otro de los modos de confinamiento como una «particularidad», casi siempre con tintes anacrónicos y en general relegada a una cualidad menor y folklórica.

El movimiento que impulsan algunos colectivos migrantes permite hacer funcionar la maquinaria comunitaria de modo inverso: ampliar lo comunitario como un elemento que conecta, de modo intermitente al menos, con elementos antiracistas y anticoloniales que aparecen en los momentos de revuelta y que, luego, se estabilizan como una sensibilidad que modifica los umbrales de lo tolerable. Ahí está el punto de apertura de combate en lo comunitario mismo: ya no material añejo y experiencia de sumisión, sino formas operativas cambiantes que logran actualizar una voz, una racionalidad y un dinamismo que desafía e impugna los estereotipos de clase y raza de l*s trabajador*s migrantes. En la medida en que lo comunitario traza una línea transversal que no divide entre aspectos económicos y políticos al modo clásico, sino que los enhebra y los pliega sobre un flujo de hacer, nos lleva directamente a la cuestión de los cuidados que se producen como parte fundamental del hacer común.

Desplazamientos y aproximaciones

Queremos convocar situaciones donde lo comunitario no se refiere estrictamente a un reservorio de prácticas alternativas que se demarcan claramente como un opuesto anticapitalista. Proponemos que en los desplazamientos de lo comunitario, lo comunitario está en disputa, ofreciendo más que definiciones, una serie de aproximaciones. Esto tiene una desventaja evidente: lo comunitario no provee un léxico y un repertorio de uso político inmediato y preciso. Pero tiene también una ventaja, tal vez más importante: al mostrar el campo abigarrado de tensiones, conflictos y disputas en las que lo comunitario se despliega, esas ambivalencias pueden incluirse en el

razonamiento político (y no censurarse como desvíos, cooptaciones, o indisiplinas). Son elementos que en vez de depurar, normalizar o corregir, expresan cómo lo político —fuera de marcos dogmáticos, disciplinares y programáticos en los que lo político es una normativa clara y distinta— se expresa como disputa abierta por las subjetividades en movimiento.

Los desplazamientos de lo comunitario que proponemos pensar son: 1) en tanto infraestructura de migración e insumo de explotación, donde los cuidados juegan en ambas modalidades un rol clave; 2) en tanto producción de circuitos dinámicos —en términos generacionales, laborales, de imaginarios urbanos, etc.— y producción de ghettos; y 3) en tanto parte de formas clandestinas y visibilización de racionalidades sumergidas que disputan publicidad. Se trata de tres dimensiones: una vinculada a la migración como fuerza de trabajo; otra espacial, de formas de «hacer ciudad»; y una de trazado de fronteras de lo ilegal-informal.

Vayamos al primero. Michael Denning ha afirmado que si superamos el fetichismo del salario, se ensancha la categoría de «proletari*s», al punto de multiplicarse a tod*s aquell*s que parten de una experiencia de desposesión. Sólo se deviene proletaria en tanto hay un forzamiento a ganarse la vida, porque hemos sido despojadas y expropiadas de otras posibilidades de reproducción. Bajo esta idea, todas las figuras «espectrales» que Marx denuncia en el segundo de sus Manuscritos porque son figuras que la economía política no reconoce (desemplead*s, trabajadores informales, changarines, trabajadoras domésticas, etc.) devienen experiencias de esa desposesión aun cuando no quepan en la grilla asalariada. Las acusaciones mediáticas y vecinales, citadas más arriba como argumentos de la escena judicial y que pesan sobre las condenas del taller textil como espacio de vida-trabajo-ocio, no dejan de evocar ese carácter espectral referido al mote de invisibilizado, oscuro e ininteligible con el que se califica (y se produce mediática y discursivamente) a esta economía que es, al mismo tiempo, masiva y proliferante. Lo espectral es otro modo de calificar, tal y como se ha popularizado, a l*s costurer*s como trabajo esclavo. Volvemos a la necesidad de desarmar el binarismo: ¿en qué sentido lo comunitario es una fuerza que escapa a ambas clasificaciones clasistas y racistas y deviene elemento capaz de conectar con una nueva manera de enfrentar nuevos despojos y desposesiones? Aquí el cuidado es el contrapunto de los rasgos expropiatorios de estas dinámicas. De modo más directo: la articulación de lo comunitario

produciendo infraestructura de cuidados responde a la lógica del despojo múltiple que hoy se da en ámbitos laborales urbanos (como la economía del taller que venimos analizando), pero que también nos permite conectar con las desposesiones en espacios rurales o territorios indígenas, que es a la vez impulso a la migración y dinámica de nuevas luchas.

Segundo: la dinámica urbana. Un trastocamiento de la noción misma de espacio es lo que acontece como comunitario, tensionado entre su reducción a atributos laborales y su apertura a formas de desacato a permanecer en un lugar. En este sentido, lo que Abdumaliq Simone señala para las economías translocales de algunas ciudades africanas parece completamente afín: «Lo que podemos entender convencionalmente por legalidad e ilegalidad, guerra y paz, lo corpóreo y lo espiritual, lo formal e informal y el movimiento y el hogar se conjugan en una proximidad que produce un sentido altamente ambiguo de lugar».

La apuesta por modos de traducción que involucran a la vez paisajes, afectos, tacticismos, temporalidades de emergencia y de crisis: conversiones entre espacios diurnos y nocturnos, economías sumergidas o subterráneas, acuerdos, evasiones de reglas, invención de procedimientos, cierta experimentación frágil de lo comunitario. Eso es lo que acontece en estos espacios que son talleres-hogar, pequeña fábrica y oficina, vivienda colectiva y oficina. Lo comunitario genera entonces espacios donde lo doméstico-reproductivo es un momento inmediato del momento productivo, en tanto la proximidad diluye las fronteras normalizadas de la casa y la calle, del lugar de trabajo y el espacio de recreación o intimidad. Esto se dramatiza en el taller textil y en el comedor comunitario, en la feria y en las fiestas populares vinculadas a la migración (Gago, 2014). Remarquemos sin embargo que es la articulación de lo comunitario como práctica de cuidados, desde donde se enfrenta la falta de infraestructura pública y colectiva (como la falta de servicios en la villa) y, más aún, la creciente dinámica de desposesiones en territorios urbanos y no urbanos: desde los desalojos a territorios indígenas y campesinos que son causa de desplazamientos y migraciones hasta la especulación informal urbana en asentamientos periféricos.

Tercero. Decimos espacio liminal, donde la frontera legal-ilegal, formal-informal, cuidado-trabajo se mezclan de modo tal que lo comunitario es el tejido en que esas fronteras experimentan redefiniciones. Pero también el modo en que estas economías sumergidas

«producen» frontera y, al mismo tiempo, intentan espacios más allá de ellas, tanto en relación a fronteras de gestión de la temporalidad, como del espacio, tal y como remarcan Mezzadra y Neilson (2013). Por tanto, se migra escapando de condiciones de pobreza e inseguridad y ese deseo de bienestar se conjuga con regímenes laborales que lo usufructúan. Sin embargo, esa modalidad de explotación no puede anular la fuerza de la iniciativa migrante. Su invisibilidad se revela paradójica: requerida, producida y, a la vez, hackeada por la presencia masiva de una producción que se difunde en las vidrieras de moda y en las ferias populares. Y su doble faz: un modo de visibilización, especialmente mediático, que ratifica y congela los estereotipos de l*s trabajadores como sujetos sin racionalidad ni voz propia.

Comunidad y cuidado

Toda una literatura feminista ha sido fundamental para poner los cuidados en primer plano —y conectar con líneas históricas de luchas y conceptos—. El trabajo de Precarias a la deriva (2004) ha marcado un hito en la propuesta teórico-práctica de mapeo en términos de circuitos del trabajo precario femenino, proponiendo una producción de ciudad transnacional. La importancia económica, política y social de ese trabajo de cuidados que ha sido una de las fuentes de la teorización del «trabajo inmaterial» y el valor-afecto¹ ha reabierto todo un debate en torno a materialidades de otro tipo. Y esto en la medida que los cuidados como elemento clave de la (re)producción no dejan de ser un componente a la vez evidente e invisible, multiforme y concreto. En el caso de los talleres textiles, son una pieza clave para que el modo comunitario se ensamble con el modo de trabajo transnacionalizado, pujante y precario, y, al mismo tiempo, para que esos espacios de economías informales y familias proletarizadas y semi-proletarizadas protagonicen territorios aptos para una nueva acumulación originaria, como señala Nancy Fraser (2014).

¿Qué valor se genera en ese circuito de cuidados que nutre las expansivas economías populares y cómo la propia tarea «reproductiva» enhebra situaciones que van de la economía doméstica a la economía de venta ambulante, del trabajo textil a destajo a las cocinas comunitarias o de la venta feriante a los emprendimientos barriales? En estos

¹ Véase el trabajo de Cristina Morini. También, para la discusión de trabajo inmaterial, me refiero al concepto de «valor-afecto» de Antonio Negri.

circuitos se exhibe un ensamblaje clave de la explotación capitalista. Como recuerda esta teórica feminista, la «imbricación funcional» entre aspectos mercantiles y no mercantiles permite renovadas secuencias de acumulación primitiva, en las que se evidencia que las relaciones no mercantiles ofrecen «condiciones de posibilidad» para la expropiación y valorización contemporánea. Fraser propone en esta clave una relectura de Marx a través de un «giro epistémico» que propone desplazar el análisis de la producción a la reproducción. La imagen es la de una nueva «morada oculta», como dice Fraser parafraseando a Marx: si Marx la encontró en la producción, tras el desplazamiento del intercambio como lugar de análisis, Fraser propone develar la que estaría detrás de la producción misma, señalando las «disposiciones afectivas y horizontes de valor que sostienen la cooperación social». La perspectiva marxiana debe conectarse hoy, sostiene la autora, con la perspectiva feminista, la ecológica y las teorías políticas poscoloniales y transnacionales. No se trata de una idealización de ámbitos no contaminados, sino de enraizar la crítica en la «imbricación estructural» de la explotación del trabajo con la opresión sexista, la degradación ecológica y la dominación política. Pero el punto que me parece más relevante subrayar es que estas «contradicciones» son fuentes de inestabilidad implícitas.

Sin duda, en los últimos años y en América Latina, el trabajo de Silvia Federici (2011) ha tenido un fuerte impacto a la hora de poner de relieve una crítica anticapitalista desde las prácticas reproductivas como fuentes de valor y resistencia. Federici ha señalado que «cada articulación de la reproducción de la fuerza de trabajo ha devenido un momento de acumulación inmediata». El cuerpo femenino, argumenta la feminista italiana en su investigación histórica, reemplazó a los espacios comunes —especialmente a las tierras— tras su privatización. En un mismo movimiento, las mujeres quedaron sometidas a una explotación que daría inicio a un creciente sometimiento de su trabajo y de su cuerpo como servicios personales y recursos naturales. Las mujeres privatizadas fueron las que se refugiaron en matrimonios burgueses, mientras que las que quedaban a la intemperie se convirtieron en clase servil (de amas de casa a empleadas domésticas o prostitutas). Es esta vinculación entre cuerpo femenino y bienes comunes lo que impulsó la lectura teórica y militante de Federici a fin de amplificar y densificar las narrativas del despojo extractivista y la crítica a la construcción de paisajes de delirio neodesarrollista en nuestro continente (Cielo y Vega, 2014).

Sin embargo, aquí aparece un punto clave que suele presentarse de modo un tanto sesgado, entre la comunidad autogestionada y libre *versus* la comunidad explotada, donde además las mujeres encarnarían maternalismos ideales y abnegados. Me interesa plantear una intersección a partir justamente de lo que se produce como espacio comunitario en los talleres textiles en tanto espacios a la vez laborales y extra laborales. El esfuerzo migrante, duplicado en el caso de las mujeres por las tareas que señalamos, no puede dejar de reconocer como impulso un «deseo de metropolización». El cálculo de riesgos y sacrificios que se asume al migrar tiene como horizonte de deseo una búsqueda de progreso que se realiza en la metrópolis. Este deseo es capaz de constituir neo-comunidades transnacionales, como le escuché alguna vez decir a Silvia Rivera Cusicanqui y tiene una fuerza de movilización que está en la base de la autonomía de las migraciones y de las innovaciones del dispositivo de comunidad como un recurso de movilización. Por tanto, lo comunitario no puede asociarse a un modo de «desconexión» o aislamiento respecto de urbes abigarradas, sino que puede ser potente pensarlo de modo diverso: como la puesta en movimiento de elementos y redes donde el cuidado juega un rol clave en términos de producción de plusvalor; elementos y redes que se ensamblan para apropiarse de nuevos espacios en las ciudades. ¿Podríamos decir que son una suerte de movimiento de «revancha colonial» como le llamaba Fanon? (Mellino, 2009). En todo caso, se trata de una fuerza pujante que, en América Latina al menos, se ha convertido en un nuevo campo de disputa entre las capturas neoliberales (la figura del migrante-empleado que nombramos) y las capturas pastorales (la figura del migrante-esclavo que requiere ser salvado). El campo de disputa se materializa tanto en el modo en que las marcas transnacionales intentan explotar ese deseo de progreso popular, como en las formas en las que los gobiernos oscilan entre su convocatoria como mano de obra híper barata y su criminalización como parte de economías ilegales o clandestinas. Lo que queda claro es que es en esos espacios ambivalentes —donde se conjugan formas de explotación y elementos comunitarios, tensando la incorporación de prácticas plebeyas en las categorías de la economía política— es donde se pone en disputa el carácter democratizador de esos desplazamientos y la ampliación de expectativas, así como los dispositivos de captura y subordinación.

Lo común como apertura y horizonte

Quisiera poner de relieve otra forma de pensar la «fuga» de lo comunitario como espacio cerrado y seguro: creo que esta es la apuesta que se proyecta en un «horizonte comunitario-popular», como lo teoriza Raquel Gutiérrez Aguilar (2017). Ubicarlo como horizonte señala su dinámica de movimiento, de conformación y proceso, que hace de lo comunitario un elemento de espacio-tiempo (una temporalidad política y una forma de espacializar la política) no rígido. Por otro, al componerlo con la noción de lo popular, abre dos problemas también internos a su dinamismo: 1) el despegue de lo popular de su acepción estatal, nacional y soberanista (lo nacional-popular como forma de inteligibilidad de los procesos) y 2) el despegue de lo comunitario de su acepción indígena-purista o de teatralización identitaria.

Por último, hay otro elemento metodológico: esta noción de horizonte es bien distinta a la «identificación» de los sujetos «comunitarios», como si se tratasen de identidades a ser reconocidas por ciertas características (también sociológicas) y contabilizados en «sectores» o «nuevas minorías».

Lo comunitario-popular como forma de pensar lo común no obedece entonces a una nueva clasificación de reemplazo, sino a conceptualizar las luchas bajo una «estrategia teórica» que tiene como aspiración e impulso la detección y elaboración sensible de cómo se organizan las «capacidades sociales» para alterar las relaciones de mando y obediencia y, por tanto, de explotación (Gutiérrez Aguilar, 2008). Se enlaza a una posibilidad concreta de acción política más allá de las estructuras y con la fuerza suficiente de intervenir en otras estructuras: como la sindical, tal y como lo ha señalado varias veces Oscar Olivera narrando la Guerra del Agua; o en la historia oral del artesanado libertario que reconstruyen Silvia Rivera Cusicanqui y Zulema Lehm; o en la organización de juntas vecinales de El Alto, como ha explicado Pablo Mamani; tod*s hablando de Bolivia. En las situaciones enlazadas del taller textil y las ferias leídas al interior de las trayectorias migrantes, lo comunitario (entendido de la forma versátil que venimos señalando) se muestra como recurso urbano, a la vez de adaptación y de lucha. La dinámica de los cuidados comunitarios, desde esta perspectiva, amalgama en buena medida esa ambivalencia: capaz de disolver divisiones entre el hogar y el empleo, la calle y lo doméstico, el barrio y la ciudad. Esta dinámica se vuelve así una fuerza material organizativa y un exceso subjetivo capaz de funcionar en situaciones muy disímiles.

Agrego que quisiera detenerme en las preocupaciones y textos de Raquel Gutiérrez justamente por su carácter abierto. Allí lo comunitario deviene reproductivo para construir una red densa: un modo de circulación de la experiencia y la conversación que construye un plano de sentido y un nombre para la disputa de ese sentido: la cuestión de la reproducción de la vida como punto de partida. Y esto en dos dimensiones: como núcleo de la política de lo común y como principio metodológico que desplaza la preocupación de la reproducción del capital como eje de análisis.

El efecto de desplazamiento que realiza Gutiérrez, otra interlocutora clave en nuestro continente de la perspectiva de Silvia Federici, es inmediato: la reproducción se corre del clásico lugar de la pura conservación o repetición (siempre secundarizada en relación a la producción), para ser el espacio mismo donde se juega la transformación social. Pero aún más: es desde ese lugar concreto donde se construyen las capacidades materiales e inmateriales para la disputa por la riqueza colectiva que siempre es también capacidad de decisión política.

¿Podríamos argumentar una fórmula capaz de proteger lo común-comunitario frente a un cierre idílico, como archipiélago solidario o incontaminado? ¿Serviría contraponer a este tipo de moralización una visión estratégica? Estrategia *versus* moral tal vez sea una fórmula posible para poner el eje en los funcionamientos, combates y problemas de lo comunitario, lo común y sus devenires tanto en ciclos de lucha como en momentos de relativa estabilidad.

Creo que este es el problema que nos toca más de cerca y que nos obliga a seguir abriendo complicidad y afinidades teóricas y políticas, trazando genealogías históricas. Ya que no alcanza con decir que no idealizamos a la comunidad ni una lógica de cuidados abnegada que le sería intrínseca, sino que tal vez el desplazamiento sea otro: ver efectivamente los funcionamientos que hacen de las tramas de producción de lo común un verdadero desafío a las fronteras entre elementos de prácticas capitalistas y anti-capitalistas, justamente porque ellas se mueven, se confunden y exigen que los mapeos no sean lineales ni tampoco moralizantes. Son estas problematizaciones de la comunidad y los cuidados las que permiten hacer críticas a la comunidad desde la propia lógica comunitaria. Me refiero, por ejemplo, a la manera en que las mujeres de territorios en conflictos neo-extractivos están exigiendo un papel en la decisión política de la comunidad a partir de su protagonismo en las luchas, o a las

maneras en que las mujeres en los barrios vuelven a protagonizar los conflictos derivados de un nuevo ciclo de ajuste económico y restricción de los consumos.

Además, porque la comunidad, en muchos casos, no es lo otro de la explotación en un sentido binario. Más allá de las apropiaciones de lenguaje que los organismos internacionales de crédito y las ONGs hacen, como remarcan Federici y Caffentzis (2017), hay también modos de uso dentro de las tramas populares que hacen de la comunidad algo mucho más heterogéneo y promiscuo. Esa versatilidad de la dinámica comunitaria es también su fuerza y no simplemente lo que la pervierte. Es en cierto modo su lado profundamente plebeyo y una exigencia a un tipo de realismo que nos obliga a una investigación más allá de la moral. El papel de las mujeres es estratégico justamente en este manejo de la ambivalencia que permite también dotar a lo comunitario de temporalidades múltiples y de declinaciones espaciales específicas, justamente como dinámica operativa y teoría del cambio.

Bibliografía

- Cielo, C. y Vega, C. (2015): «Reproducción, mujeres y comunes. Leer a Silvia Federici desde el Ecuador actual», *Nueva sociedad*, núm. 256, marzo-abril de 2015.
- Denning, Michael (2011), «Vida sin salario», *New Left Review*, núm. 66, pp. 77-94.
- Federici, Silvia (2011), *Calibán y la bruja. Cuerpos, mujeres y acumulación originaria*, Buenos Aires, Tinta Limón [ed. esp.: Madrid, Traficantes de Sueños, 2011].
- Federici, Silvia y George Caffentzis (2017), «Comunes contra y más allá del capitalismo», *Revista El Apantle*, núm. 2, México.
- Fraser, Nancy (2014), «Tras la morada oculta de Marx. Por una concepción ampliada del capitalismo», *New Left Review*, núm. 86, pp. 57-75.
- Gutiérrez Aguilar, Raquel (2008), *Los ritmos del Pachakuti. Movilización y levantamiento indígena-popular en Bolivia*, Buenos Aires, Tinta Limón.
- _____ (2017), *Horizontes comunitario-populares. Producción de lo común más allá de las políticas estado-céntricas*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Gago, Verónica (2014), *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*, Buenos Aires, Tinta Limón [ed. esp.: Madrid, Traficantes de Sueños, 2015].
- _____ (2016): «Tela para cortar. Lo que queda y lo que empieza tras la sentencia por el incendio en el taller de Luis Viale», *Página/12*, suplemento Las/12, 24 de junio de 2016.
- Mellino, Miguel (2009), «Ciudadanía poscolonial como símbolo y alegoría», *Revista Biblioteca Nacional*, Buenos Aires.
- Mezzadra, S. y Neilson, B. (2013), *Border as method or the multiplication of labor*, Duke University Press [ed. cast.: *La frontera como método*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017].
- Morini, Cristina (2014), *Por amor o a la fuerza. Feminización del trabajo y biopolítica del cuerpo*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Negri, Antonio (1999), «Valor y afecto», en Antonio Negri y Félix Guattari, *Las verdades nómadas & General Intellect, poder constituyente, comunismo*, Madrid, Akal. Colección Cuestiones de Antagonismo.
- Precarias a la deriva (2004), *A la deriva. Por los circuitos de la precariedad femenina*, Madrid, Traficantes de Sueños.

Simone, AbdouMaliq (2014), «Reconfigurando las ciudades africanas», en *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 51, dossier *Diálogos del Sur. Conocimientos críticos y análisis sociopolítico entre África y América Latina*, Flacso-Ecuador. Disponible online.

Thompson, Sinclair (2007), *Cuando solo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia*, La Paz, Muela del diablo.